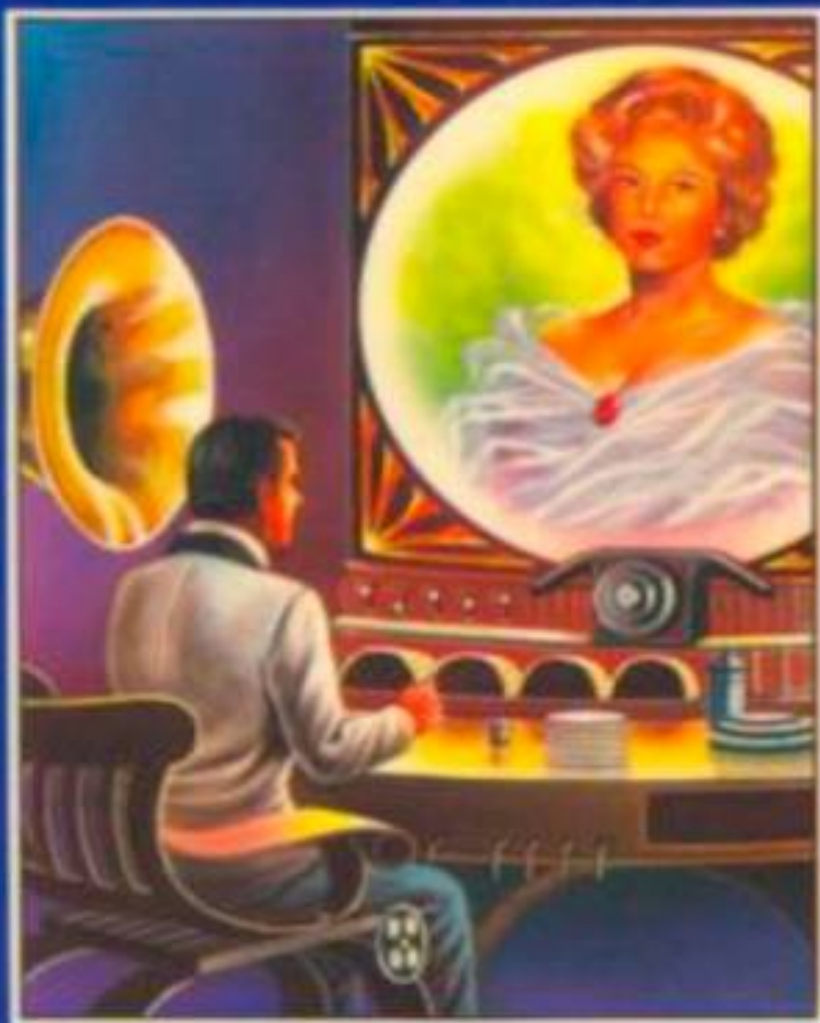


Julio Verne

Ayer y Mañana



Esta es una colección de cuentos que a la muerte del autor fueron recopilados y preparados su hijo, Michel Verne. Todas las historias de esta colección fueron manipuladas y modificadas por Michel, por lo tanto es considerada apócrifa.

Los cuentos incluidos en este volumen son: *La familia Ración*, *El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol*, *El destino de Juan Morenas*, *El humbug*, *La jornada de un periodista americano en el 2889* y *El eterno Adán*.

AVENTURAS DE LA FAMILIA RATÓN

Cuento de hadas^[1]

I

Había una vez una familia de ratas, compuesta por el padre Ratón, la madre Ratona, su hija Ratina, y su primo Raté; sus criados eran el cocinero Rata y su buena mujer Rata-na. Ahora bien, niños míos queridos, acaeciéndoles tan extraordinarias aventuras a estos estimables roedores, que no puedo resistir el deseo de contároslas.

Pasaba esto en el tiempo de las hadas y de los encantadores, en el tiempo asimismo en que las bestias hablaban; de esa época es, sin duda, de la que data la frase «decir bestialidades». Y, sin embargo, esas bestias no han dicho ni dicen más bestialidades que las que dicen y han dicho los hombres de hoy y los hombres de antaño.

Escuchad, pues, mis queridos niños; voy a dar principio.

II

En una de las más hermosas ciudades de aquel tiempo y en la más hermosa casa de la ciudad residía una buena hada que se llamaba Firmenta; hacía todo el bien que un hada puede hacer, y era muy amada.

Según parece, en aquella época todos los seres vivos estaban sometidos a las leyes de la metempsicosis; no os asustéis de esta palabreja, que no significa otra cosa sino que había una escala en la creación cuyos escalones debía franquear cada uno de los seres para poder llegar hasta el último, y tomar puesto en las filas de la humanidad; así que de esta suerte se nacía molusco, se convertía uno en pez, en pájaro luego, en cuadrúpedo después y, por fin, en hombre o mujer.

Como veis, era preciso ascender del estado más rudimentario al estado más perfecto; podía, con todo, suceder que se volviese a bajar la escala merced a la maligna influencia de algún encantador; y en tal caso, ¡qué triste existencia! ¡Figuraos: haber sido hombre y convertirse luego en ostra! Por fortuna, esto no se ve ya en nuestros días, físicamente al menos.

Sabed también que esas diversas metamorfosis se operaban por intermedio de un genio; los genios buenos hacían subir y los genios malos hacían bajar, y si estos últimos abusaban de su poder, el Creador podía privarles de él por algún tiempo.

Innecesario es decir que el hada Firmenta era un buen genio y que nadie había tenido jamás que quejarse de ella.

Ahora bien: una mañana encontrábase el hada en el comedor de su palacio, una habitación adornada con tapices magníficos y hermosísimas flores; los rayos del sol se deslizaban a través de la ventana, salpicando acá y allá de puntos luminosos las porcelanas y la vajilla de plata colocadas sobre la mesa; la sirvienta acababa de anunciar a su ama

que el almuerzo estaba servido; un buen y succulento almuerzo, un almuerzo como las hadas pueden hacer sin ser tachadas de glotonas.

Mas apenas acababa de tomar asiento el hada, cuando llamaron a la puerta de su palacio.

La criada fue a abrir; un instante después anunciaba al hada Firmenta que un hermoso joven deseaba hablarle.

—Hazle entrar —dijo Firmenta.

Hermoso era, en efecto; de estatura algo más que mediana, con cara de bueno y de valeroso y de unos veintidós años de edad; vestido con gran sencillez, sabía presentarse con soltura y gracia; el hada, a primera vista, se formó una opinión favorable acerca de él; creyó que, cual tantos otros a quienes ella había distinguido con sus favores, el joven iba a pedirle algún servicio, y sentíase dispuesta a prestar-selo.

—¿Qué deseáis de mí, apreciable joven? —preguntó con su más amable tono de voz.

—Hada bondadosa —respondió el joven—, soy muy desgraciado y no tengo esperanza más que en vos.

Y como viese que vacilaba.

—Explicaos —dijo Firmenta—; ¿cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Ratín; no soy rico, y, sin embargo, no es la fortuna lo que vengo a pedir; no, lo que pido es la felicidad.

—¿Creéis, pues, que puede ir la una sin la otra? —replió el hada sonriendo.

—Lo creo.

—Y tenéis razón; continuad, joven.

—Hace algún tiempo —prosiguió—, antes de ser hombre, era yo ratón, y como tal, fui muy bien acogido por una excelente familia, con la que contaba yo unirme por los más tiernos lazos; había conquistado las simpatías del padre, que es un ratón de muy buen sentido; tal vez la madre no me miraba con tan buenos ojos, por no ser rico; pero su

hija Ratina, ¡me miraba con tanta ternura!... Iba yo, por fin, a ser aceptado, cuando una horrenda desdicha vino a desvanecer mis esperanzas.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó el hada con el más vivo y afectuoso interés.

—Pues, en primer lugar, que yo me convertí en hombre, en tanto que Ratina continuaba siendo rata.

—Bueno, pues aguardad a que su última transformación haya hecho de ella una muchacha...

—Indudablemente, buen hada; pero, por desgracia, Ratina había sido vista por un señor poderoso que, acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos, no puede soportar la menor resistencia; todo debe someterse a sus deseos.

—¿Y quién es ese señor? —preguntó el hada.

—El príncipe Kissador. Le propuso a mi querida Ratina que se fuera con él a su palacio, en donde sería la más feliz de las ratas; negóse ella, aun cuando su madre, Ratona, se mostró muy complacida; el Príncipe intentó entonces comprarla por un precio muy elevado; pero el padre, Ratón, sabiendo cuánto me amaba su hija y que yo moriría de pena si se nos separaba al uno de la otra, no quiso escuchar las proposiciones del Príncipe; renunció a pintarnos el furor de éste; al ver a Ratina tan hermosa siendo rata, se decía que sería más hermosa aún al convertirse en muchacha; ¡sí, buen hada, más hermosa aún!... ¡Y se casaría con ella!... ¡Todo lo cual estaba muy bien pensado para él, pero muy mal para nosotros!...

—Sí —respondió el hada—, pero una vez que el Príncipe fue desdeñado, ¿qué teníais vos que temer ya?

—Todo —repuso Ratón—, porque para conseguir ver realizados sus propósitos se ha dirigido a Gardafur...

—¿A ese encantador, a ese genio malo que sólo se complace en hacer el mal, y con quien yo estoy siempre en guerra?

—Al mismo, buena hada.

—¿A ese Gardafur, cuyo temible poder no se aplica sino a rebajar de escala a los seres que se elevan poco a poco a los grados más altos?

—Eso es.

—Por fortuna, Gardafur, a consecuencia de haber abusado de su poder, acaba de ser privado de él por algún tiempo.

—Eso es verdad —repuso tristemente Ratín—; pero en el momento en que el Príncipe recurrió a él, lo poseía aún por entero; así es que, estimulado por una parte por las seductoras promesas de ese señor, y asustado por otra ante sus amenazas, prometió vengarle de los desdenes de la familia Ratón.

—¿Y lo hizo?...

—¡Lo hizo, buena hada!

—¿De qué manera?

—Metamorfoseó a aquellas pobres ratas, convirtiéndolas en ostras; y ahora vegetan las infelices en el banco de Samobrives, donde esos moluscos —de excelente calidad, cumplo un deber al afirmarlo— valen a tres pesetas la docena, lo que es muy natural, toda vez que la familia Ratón se encuentra entre ellos. ¡Ved ahora, buena hada, toda la extensión de mi infortunio!

Firmenta escuchaba con lástima y benevolencia el relato del joven Ratín; siempre, por lo demás, había experimentado compasión por los dolores humanos, y sobre todo por los amores contrariados.

—¿Qué puedo hacer en vuestro favor? —preguntó al fin.

—¡Hada bondadosa —dijo Ratín—, ya que mi Ratina está pegada al banco de Samobrives, hacedme ostra a mi vez, para que pueda tener el consuelo de vivir cerca de ella!

Fue esto dicho con un tono tan triste, que el hada Firmenta se sintió sumamente conmovida, y tomando entre las suyas la mano del joven le dijo:

—Ratín, aun cuando accediera a daros gusto, no me sería posible hacerlo; vos sabéis que me está prohibido hacer descender a los seres vivientes; no obstante, si no puedo reduciros al estado de molusco, lo que sería un estado muy humilde, puedo hacer subir a Ratina de grado...

—¡Oh, hacedlo, buena hada, hacedlo!

—Pero será menester que vuelva a pasar por los grados intermedios antes de llegar a ser de nuevo la encantadora rata destinada a ser muchacha un día; ¡sed, pues, paciente, someteos a las leyes de la Naturaleza y tened asimismo confianza!...

—¿En vos, buena hada?...

—¡En mí, sí! Haré cuanto pueda por ayudaros; no olvidemos, sin embargo, que habremos de sostener violentas luchas; aun cuando sea, como es, el más necio de los príncipes, tiene usted en el príncipe Kissador un enemigo poderoso; y si Gardafur llegase a recobrar el poder antes de que vos fueseis el esposo de la bella Ratina, me sería muy difícil vencerle, porque habría vuelto a ser igual a mí.

A este punto llegaban en su conversación el hada Firmenta y Ratín cuando se oyó una tenue vocecita...

¿De dónde salía aquella voz?...

Difícil parecía adivinarlo.

—¡Ratín!... ¡Mi pobre Ratín!... ¡Te amo!

—Es la voz de Ratina —gritó el joven—. ¡Ah, señora hada, tened compasión de ella!

Verdaderamente, parecía que Ratín estaba loco; corría a través del comedor, miraba debajo de los muebles, abría los armarios y aparadores pensando que Ratina podía hallarse escondida en alguno de ellos, y no la encontraba.

El hada le detuvo con un gesto.

Y entonces, mis queridos niños, se produjo una cosa muy singular; sobre la mesa y alineadas en una fuente de plata había una media docena de ostras, que procedían precisamente del banco de Samobrives; en el centro aparecía la más hermosa, con su concha muy reluciente y limpia;

y he aquí que aumenta de volumen, se alarga, se ensancha, se desarrolla, y acaba por abrir sus dos valvas; de ellas se separa una adorable figurita, de cabellos rubios como las doradas espigas; dos ojos, los más tiernos y acariciadores del mundo, una naricilla recta y una boca encantadora, que repite:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín!

—¡Ella es! —exclama el joven.

Ratina era, en efecto; tenía razón en reconocerla como tal; porque es menester que os diga, queridos niños, que en aquel venturoso tiempo de magia los seres tenían ya semblante humano, aun antes de pertenecer a la humanidad.

¡Y cuán linda era Ratina sobre el nácar de su concha! ¡Diríase que era una alhaja encerrada en su estuche!

Y ella se expresaba así:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín! He oído todo lo que acabas de decir a la señora hada, y la señora hada se ha dignado a prometer que reparará el mal que ha causado ese malvado Gardafur. ¡Oh, no me abandones, porque si me cambió en ostra fue para que no pudiese huir! ¡Entonces el príncipe Kissador vendrá a separarme del banco al que está adherida mi familia; me llevará consigo y me pondrá en su vivero, aguardará a que me haya convertido en muchacha y estaré para siempre perdida para mi pobre y querido Ratín!

Hablaba con voz tan triste, que el joven, profundamente conmovido, apenas podía responder.

—¡Oh, Ratina mía! —murmuraba.

Y en un impulso de ternura, extendía la mano hacia el pobrecito molusco cuando el hada le contuvo; luego, después de haber cogido delicadamente una magnífica perla que se había formado en el fondo de la valva.

—Toma esta perla —le dijo.

—¿Esta perla, buena hada?

—Sí, vale una fortuna, que podrá servirte más adelante; ahora vamos a llevar a Ratina al banco de Samobrives, y ya

allí la haré subir un escalón.

—Que no sea sólo a mí, buena hada —dijo Ratina con voz suplicante—; ¡pensad en mi buen padre Ratón, en mi buena madre Ratona y en mi primo Raté! ¡Pensad en nuestros fieles servidores Rata y Ratana!

Pero en tanto que hablaba de esta suerte, las dos valvas de su concha se cerraron poco a poco y adquirieron sus dimensiones ordinarias.

—¡Ratina! —exclamó el joven.

—¡Cogedla! —ordenó el hada.

Obedeció presuroso Ratín y llevó la concha a sus labios; ¿por ventura no encerraba ella todo lo que él había querido más en el mundo?

III

La marea está bajando; la resaca bate suavemente el pie del banco de Samobrives; entre los peñascos hay pequeños charcos de agua; hay que avanzar con cuidado y procurando no dar un resbalón en las rocas cubiertas de algas, porque la caída sería peligrosa.

¡Qué enorme cantidad de moluscos de todas las especies hay en aquel banco! Pero lo que más abunda son las ostras; las hay allí a millares.

Media docena de las más hermosas se esconden bajo las plantas marinas; me equivoco, no hay más que cinco; el sitio de la sexta se halla desocupado.

He aquí ahora que estas ostras se abren a los rayos del sol, a fin de respirar la fresca brisa del mar; al propio tiempo, escápase de ellas una especie de cántico quejumbroso y lastimero, como una lamentación de semana santa.

Las valvas de aquellos moluscos han ido abriéndose paulatinamente; por entre sus franjas transparentes dibújanse algunas figuras fáciles de reconocer; una de ellas es la de Ratón, el padre, un filósofo, un sabio que se resigna a aceptar la vida bajo todas sus formas y vicisitudes.

—Es indudable —piensa— que después de haber sido ratón, convertirse en molusco no deja de ser triste y molesto; ¡pero es menester resignarse y tomar las cosas como vengan!

En la segunda ostra gesticula un rostro contrariado, cuyos ojos lanzan chispas; en vano se esfuerza por salir fuera de la concha; es la señora Ratona, y dice:

—¡Hallarme encerrada en esta cárcel caliza, yo que ocupaba el primer rango en nuestra ciudad de Ratópolis!... ¡Yo que, una vez llegada a la fase humana, habría conseguido ser una gran señora, princesa tal vez!... ¡Ah, el miserable Gardafur!

En la tercera ostra se muestra la cara de idiota del primo Raté, un perfecto badulaque, bastante poltrón, que enderezaba las orejas al menor ruido, como una liebre; debo decir que, como es natural en su calidad de primo, hacía la corte a la primita; pero Ratina, según sabemos, amaba a otro, y a éste otro lo detestaba cordialmente Raté.

—¡Ay, ay! —decía—. ¡Qué destino! Al menos, cuando yo era ratón podía correr, salvarme, evitar los gatos y las ratoneras; mas aquí, basta que se me coja con una docena de mis semejantes, y el cuchillo grosero de una cocinera me abrirá brutalmente e iré a figurar en la mesa de un ricacho y seré devorada... ¡viva aún, tal vez!

En la cuarta ostra encontrábase el cocinero Rata, un verdadero maestro en el arte culinario, muy orgulloso y envejecido por sus talentos, muy vanidoso de su saber.

—¡Ese maldito Gardafur! —gritaba—. ¡Si alguna vez le tengo al alcance de mi mano, no se me escapará sin que le retuerza el pescuezo! ¡Yo, Rata, que hacía cosas tan exce-

lentes como la fama pregona bien alto, verme emparedado entre dos conchas! ¡Y mi mujer Ratana!

—Aquí estoy —dijo una voz que salía de la quinta ostra—. ¡No te apesadumbres ni te enojés, mi pobre Rata! Si bien es verdad que no me es dado acercarme a ti, no por eso dejo de estar a tu lado, y cuando tú subas la escala, la subiremos juntos...

¡La buena Ratana! ¡Una excelente criatura, tan sencilla, tan modesta, tan amante de su marido, y, al igual que éste, muy devota de sus amos!

Luego, la triste letanía adquirió tonos lúgubres; algunos centenares de ostras que aguardaban también su liberación se unieron a aquel concierto de lamentaciones; aquello partía el corazón.

¡Y qué recrudescimiento de dolor para Ratón, el padre, y para la señora Ratona, si hubieran tenido noticia de que su hija no estaba ya con ellos!

De pronto, se hizo un gran silencio; todo el mundo enmudeció y las conchas se cerraron.

Gardafur acababa de llegar a la playa, cubierto con su largo ropón de encantador, tocada su cabeza con el tradicional gorro, y la fisonomía feroz; junto a él se advertía al príncipe Kissador, vestido con ricos trajes; difícilmente podréis imaginaros hasta qué extremo se hallaba este señor infatuado de su persona, y cómo se componía y acicalaba para hacer resaltar sus gracias.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el banco de Samobrives, Príncipe —respondió obsequiosamente Gardafur.

—¿Y esa familia Ratón?...

—Continúa en el sitio en que la incrusté para daros gusto.

—¡Ah, Gardafur! ¡Esa linda Ratina me tiene embrujado!... ¡Es preciso que sea mía!... Te pago para que me sirvas; si no lo consigues..., ¡ay de ti!

—¡Príncipe —respondió Gardafur—, si bien pude transformar a toda esa familia de ratas en moluscos, antes de haberseme retirado el poder, no me habría sido posible hacer de ellos seres humanos, bien lo sabéis!

—Sí, Gardafur, y eso es lo que me llena de rabia...

Ambos personajes llegaron al banco en el momento en que dos personas aparecían al otro lado; eran el hada Firmenta y el joven Ratín, oprimiendo éste contra su pecho la doble concha que encerraba a su bien amada.

De pronto descubrieron al Príncipe y a Gardafur.

—Gardafur —dijo el hada—, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Preparas alguna otra maquinación criminal?

—Hada Firmenta —dijo el príncipe Kissador—, tú sabes que estoy loco por esa gentil Ratina, muy poco prudente y avisada para rechazar a un señor de mi rango y condición, y que aguardo con gran impaciencia la hora en que tú la conviertas en muchacha...

—Cuando lo haga —respondió el hada—, será para que pertenezca a aquel a quien ella prefiere y ama.

—¡Ese impertinente —replicó el Príncipe—, ese Ratín, a quien Gardafur convertirá sin gran trabajo en asno cuando yo le haya alargado un poco las orejas!

Ante aquel insulto, el joven no pudo contenerse y quiso lanzarse contra el Príncipe y castigar su insolencia, pero el hada, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Moderad vuestros arrebatos y calmad vuestra cólera; no es aún tiempo de vengaros, y los insultos del Príncipe se volverán algún día contra él; haced lo que tenéis que hacer y partamos.

Obedeció Ratín y, después de estrecharla por última vez contra sus labios, fue a depositar la ostra en medio de su familia.

Casi enseguida la marea comenzó a cubrir el banco de Samobrives, el agua invadió las últimas puntas y todo desapareció en el horizonte, hasta alta mar, cuyo contorno se confundía con el del cielo.

IV

A la derecha, sin embargo, algunos peñascos han quedado al descubierto; no puede cubrirlos la marea ni aun en los momentos en que la tempestad lanza sus olas contra la costa.

Allí fueron a refugiarse el Príncipe y el encantador; cuando el banco se quedase en seco irían a buscar la preciosa ostra que encierra a Ratina y se la llevarían consigo; en el fondo, el Príncipe estaba furioso; por poderosos que fueran los príncipes y aun los mismos reyes, nada podían en aquel tiempo contra las hadas, y todavía sucedería lo propio si ahora volviésemos a aquella dichosa época.

He aquí, en efecto, lo que Firmenta dijo al joven:

—Ahora que la mar está alta, Ratón y los suyos van a subir un escalón hacia la humanidad; voy a hacerlos peces, y bajo esta forma nada tendrán ya que temer de sus enemigos.

—Pero ¿y si los pescan? —hizo observar Ratín.

—Estad tranquilo; yo velaré por ellos.

Por desgracia, Gardafur había oído al hada e imaginó enseguida un plan; seguido del Príncipe se dirigió hacia tierra firme.

El hada entonces extendió su varita hacia el banco de Samobrives, oculto bajo las aguas; las ostras de la familia Ratón se entreabren y de ellas salen peces bullidores, muy alegres por aquella nueva transformación.

Ratón, el padre, un bravo y digno rodaballo, con tubérculos sobre su flanco amarillento, y que si no hubiese tenido semblante humano os habría mirado con sus dos grandes ojos, colocados en el lado izquierdo.

La señora Ratona era de la misma especie que su marido, pero muy bella y satisfecha.

La señorita Ratina, una linda y elegante dorada de China, casi diáfana y muy atractiva con su ropaje, mezcla de

negro, de rojo y de azul.

Rata se convirtió en un mal encarado sollo marino, cuerpo alargado, boca hendida hasta los ojos, dientes acerados y de una sorprendente voracidad.

Ratana era una gorda trucha asalmonada, con sus manchas rojizas, y que no habría dejado de hacer muy buen papel en la mesa de un gastrónomo.

Finalmente, el primo Raté no era más que una pescadilla con el dorso verde gris; pero he aquí que por un extraño capricho de la Naturaleza no era pez más que a medias. Sí, el extremo de su cuerpo, en vez de terminar con una cola, estaba encerrada todavía entre dos conchas de ostra; ¿no es esto el colmo de lo ridículo? ¡Pobre primo!

Y entonces, pescadilla, trucha, sollo, dorada y rodaballos, alineados bajo las transparentes aguas al pie de la roca en que Firmenta agitaba su varita, parecían decir:

—¡Gracias, buena hada, gracias!

V

En aquel momento, una masa oscura comienza a destacarse sobre la superficie del mar, es una chalupa con su gran palo de mesana y su foque al viento, y que se acerca a la bahía impulsada por una fresca brisa; el Príncipe y el encantador están a bordo, y a ellos debe vender la tripulación toda su pesca.

La red ha sido arrojada al mar; en aquella amplia bolsa que se pasea por el fondo arenoso se cogen a centenares pescados de todas las clases imaginables, así como moluscos y crustáceos: besugos, congrios, merluzas, sollos, dora-